

Letras del Poder

Octavio Rodríguez Araujo, maestro indispensable

Por Gibrán Ramírez Reyes

En sus 50 años como académico en la Universidad Nacional, Octavio Rodríguez Araujo no ha dejado indiferente a nadie. En la UNAM y fuera de ella tiene defensores y detractores, pero es casi imposible ignorarlo, aunque muchos se esfuercen en simular que lo hacen. Como lo dijeron Soledad Loaeza y Mauricio Merino en la presentación de su más reciente libro, Octavio Rodríguez Araujo **es una pluma absolutamente indispensable para el entendimiento de la política mexicana**. No ha sido, sin embargo, solamente un estudioso, también ha destacado como **un intelectual activo y comprometido políticamente**, implicado en algunos procesos de los que escribe sin ser un militante o un incondicional.

Hablar de la obra de don Octavio ameritaría grandes esfuerzos, por su vastedad, pero sobre todo por su densidad. No es eso lo que se intenta aquí, sino más bien aportar —apenas— al reconocimiento que se merece destacando algunos de sus rasgos luminosos. Como dijo alguna vez Octavio Paz, **en México domina el ninguneo a los grandes hombres (grandes personas, diríamos hoy, para ser incluyentes)**. El prestigio de Rodríguez Araujo, no obstante, está fuera de toda duda. Por ejemplo, tiene largo tiempo como investigador nacional nivel III —el máximo— y es profesor emérito desde 2004, sin contar su Premio Universidad Nacional y otras distinciones que pocos pueden presumir juntas en la ciencia política y, en general, la academia mexicana.

Sin considerar este hecho institucional, el mismo reconocimiento se le ha regateado en otro de sus terrenos naturales: el debate público. Ello tiene razones evidentes. La primera es que no ha estado dispuesto a servir a ningún interés político más allá de sus convicciones. Lo saben el ex subcomandante **Marcos** —ahora **Galeano**— y hasta Andrés Manuel López Obrador, a quien le dejó en claro en una mesa en la UNAM que su papel de intelectual crítico sería el mismo si el tabasqueño llegaba a la presidencia (“gobierno es gobierno, aunque sea de izquierda”). La segunda es que ha rehusado formar parte de mafias académicas y culturales, aunque no le han faltado oportunidades para hacerlo. La tercera es, sencillamente, que, salvo alguna excepción, rechazó ser cercano al circuito editorial más comercial. La cuarta, que **no le interesa quedar bien con nadie y dice lo que piensa sin muchos miramientos, sea el interlocutor quien sea**.

De la obra de Rodríguez Araujo muchos títulos quedarán para la posteridad. Por su profundidad y precisión destaco *Derechas y ultraderechas en el mundo, Izquierdas e izquierdismo* (que también trata estas corrientes en el mundo), los correspondientes ***Las izquierdas en México*** (muy superior a cualquier otra obra con una ambición similar) y ***Derechas y ultraderechas en México***. Nadie en México sabe lo que Rodríguez Araujo sobre izquierdas y derechas. En el mundo deben ser realmente muy pocos.

Hay, además, **un libro suyo que ya es un clásico y se ha editado más de una docena de veces** —*La reforma política y los partidos en México*—, además de otro que coordinó y debería ser un clásico también: ***México: Estabilidad y luchas por la democracia***. De este último hay que decir que no es como los libros coordinados de ahora, donde el “coordinador” toma unas ponencias, las engrapa y las entrega a un editor, sino un esmerado y cuidadoso trabajo de discusión y armonización en seminarios durante una larga estancia académica en el CIDE. Lo mismo puede decirse de ***México: ¿un nuevo régimen político?***, el cual presenta una visión que trasciende los estrechos márgenes de la narrativa de la transición. El México actual se comprende mucho mejor si se mira desde esas obras.

Aparte, deben encomiarse su generosidad, su constancia, su inteligencia y también su erudición, que José Woldenberg destacara con motivo de la presentación de una de sus novelas (de entre éstas, diría que ***Entre pasiones y extravíos*** es la mejor).

Pero como mencioné líneas arriba, Rodríguez Araujo ha sido sobre todo un intelectual comprometido, y como tal ha estado cerca de episodios decisivos para la vida del país. Menciono sólo algunos, un poco azarosamente. Desde luego,

en la reforma de 1977 que abrió paso a la pluralidad política en México. Rodríguez Araujo fue el primero que analizó de modo sistemático a los partidos políticos, cuando nadie creía que fuera útil y necesario; por eso, en la víspera de la elección de 1976, se encargó de un estudio que detalló condiciones y propuestas que dieron paso a lo que luego se conoció como “apertura democrática”. Tal vez la única opción era encargar al prestigioso profesor dicha encomienda; no se hizo con intelectuales cercanos al poder porque no había uno que tuviera igual solvencia en esa área.

Otra experiencia en la que habría que hacer hincapié es la de **su etapa zapatista —documentada en *Mi paso por el zapatismo***—, cuando llegó a ser uno de los asesores del primer círculo del EZLN, del que se distanció por sus diferencias con *Marcos*. Como en ese caso, ha permanecido cerca de los liderazgos más relevantes de la izquierda —como Cuauhtémoc Cárdenas y López Obrador— **sin adormecer nunca su espíritu crítico, al contrario, utilizándolo para opinar y sugerir rutas de acción** (que deriven, por ejemplo, en la unidad de las izquierdas). Destaca en esta trayectoria el año 2006, en que presentó ***México en vilo***, primero en el Zócalo y después en una librería que tuvo que cerrar sus puertas con 200 personas afuera, ante un público desbordado y ansioso de explicaciones convincentes sobre la etapa que el país vivía entonces.

Dado el prestigio que siempre le ha acompañado, ORA ha compartido mesas y conferencias con algunas de las principales figuras de la teoría política y de la izquierda mundial. Además, cuando tuvo encargos académico-administrativos, organizó actos de primera categoría, donde grandes mentes discutieron el mundo. Cuando lo quisieron cesar de dichos encargos académicos por consideraciones políticas, lo defendió la comunidad de Ciencias Políticas de la UNAM y la opinión pública, con un despliegado tan plural que incluía desde la firma de Ricardo Rocha hasta la de Rosario Ibarra. De ese episodio cabe recordar que quien terminó renunciando fue el director que decidió marginarlo, mientras que a él lo restituyeron al frente del posgrado.

De Octavio Rodríguez Araujo puede extraerse la esperanzadora lección de que es posible ser crítico y congruente, que es viable hacerlo, aunque tenga grandes costos. Ahora que cumple 50 años de antigüedad académica en la UNAM, sólo puedo decirle, como lo hacen decenas de quienes fuimos formados por él: felicidades, maestro, y gracias por su obra.